

cion de aquella sábia máxima del Doctor Gama-
liel, de que se habla en los Actos de los Após-
tolas: «Si esta empresa, decía él, proviene de
»los hombres, ella se destruirá por sí misma; si
»viene de Dios, en vano será que os opongais,
»y mirad que habeis de combatir contra el mis-
»mo Dios.» (Ac. Ap. 3.) Esto prueba efectivamen-
te, que todos esos impostores no habían sido pro-
metidos, y que ni eran los hijos, ni la virtud de
Dios; por consiguiente, que Jesu-Christo es el
verdadero Hijo de Dios.

Simón Mago consiguió también engañar á al-
gunas personas por medio de su arte; pero yo
no creo que actualmente se hallen en todo el
mundo ni siquiera treinta sectarios suyos; solo
en Palestina conserva todavía un cortísimo nú-
mero; en todas las demás partes, lejos de tener
aquella reputacion á que aspiraba, ni aun sería
conocido su nombre, sino fuera por los Actos
de los Apóstoles. Por lo que, si es que todavía
se habla de él, lo debe agradecer á los Chris-
tianos; porque es evidente, que nada hubo ja-
más de divino en su persona.

N. 58. y 59. Habla luego el Judío de Celso acer-
ca de los Magos, y los confunde importunamente
con los Caldeos; pero ¿cómo es que nada dice de
la estrella, que los Magos vieron en Oriente, y
que los determinó á ir á adorar á Jesus? No-
sotros creemos, que esta estrella es del número
de aquellos astros, que aparecen de tiempo en

tiempo, y se llaman Cometas; y lo que tie-
ne de particular es, que habia sido predicha
por Balaám: *saldrá, dice, una estrella de Jacob.*
(Num. 24.)

N. 60. Diré también á los Griegos, que en el
nacimiento de Jesus, infinitamente superior á los
Demonios, por razon de la Divinidad que habi-
taba en él, quando la Milicia celestial hacía re-
sonar los ayres con cánticos en honor suyo, to-
do el poder de los Demonios quedó abatido ó
suspendido, y todos sus prestigios disipados. Los
Magos, que tenían comercio con los Demo-
nios (a), movidos de este prodigio, juzgáron que
debía de suceder alguna cosa extraordinaria, que
era la causa de todo: y como por otra parte te-
nían en sus manos la Profecía de Balaám, que
se habia exercitado mucho en el arte de Mágica,
no pusieron duda en que habria nacido algun

(a) Es ciertamente muy sin- lagrosamente, ni su valor en
gular esta opinion de Orige- presencia de Herodes, ni su
nes; pero como no está apo- fe en el establo, palacio ex-
yada sobre prueba alguna, no traño del Rey del cielo: an-
hay para que detenernos á tes por el contrario debemos
destruirla. Nada hay de parte exclamation: *la mano de Dios*
de los Magos, que pueda obra en todo esto. Seguramen-
hacer sospechar la interven- te, los Demonios no hubie-
cion de los Demonios, ni ran enseñado á sus Discipu-
su ardor por seguir una es- los que á la frente de los
trella, que aparece, desapa- Gentiles fuesen á adorar á
rece y vuelve á aparecer mi- su vencedor.

gran Príncipe, denotado por aquel astro, y partiéron inmediatamente con el fin de adorarlo. Este modo de pensar es muy verisimil. Como los Magos no sabian, de qué naturaleza era la soberanía del Príncipe recién-nacido; se previniéron de varios presentes, que eran otros tantos símbolos de las distintas calidades, que reconociéron en él. El oro era para un Rey, la mirra para un mortal, y el incienso para un Dios. Su piedad tuvo recompensa, porque un Angel les advirtió, que huyesen de volver por junto al Rey, Herodes.

N. 61. Ni es cosa extraña, por mas que á Celso le parezca lo contrario, que Herodes maquinase contra la vida de Jesus; porque la maldad es ciega hasta el extremo de querer violentar al mismo Destino. Herodes no reflexionó, que si Jesus era efectivamente Rey, reynaria á pesar suyo, y que si no lo era, su muerte sería un crimen inutil. Para libertar á Jesus del furor de este Príncipe, le advirtió un Angel á Josef, que huyese á Egipto con Jesus y con Maria. Herodes mandó dar muerte á todos los niños recién-nacidos en Belén y sus contornos, creyendo que el nuevo Rey de los Judios sería comprehendido en esta matanza general; pero no pensaba entonces en aquel poder invisible, que vela sobre las vidas importantes para la felicidad de la humanidad, entre las cuales no puede haber ninguna, que lo sea tanto como la de Jesus. En efecto, Je-

sus debía ser Rey, (no en el sentido que pensaba Herodes, sino como convenia que lo fuera el que recibia su Reyno del mismo Dios: y así no debía dar á sus vasallos bienes equívocos, sino solamente hacerlos santos y felices por medio de leyes verdaderamente divinas. Esto es puntualmente lo que Jesus nos quería dar á entender, quando dixo: »Si mi Reyno fuera de este mundo, mis vasallos combatirían ciertamente, porque yo no fuéese entregado á los Judios; pero mi Reyno no es de este mundo.“ (Joan. 18.) Porque Celso no comprehende nada en este misterio, nos dice: *Si Herodes temió que Jesus lo destronase con el tiempo, ¿por qué Jesus no ha reynado efectivamente? ¿Qué vergüenza para el Hijo de Dios, llevar una vida errante, y verse reducido á ocultarse, y á mendigar!*

No hay vergüenza ninguna en guardarse del peligro, no por temor de la muerte, sino con el objeto de hacer bien á los hombres durante la vida, hasta que se presente la ocasion de serles tambien útil con la muerte. Los que saben, que Jesus ha muerto por la salvacion del género humano, me comprenderán con facilidad.

N. 62. Celso afea en Jesus, que hubiese elegido sus Apóstoles entre Publicanos y Pescadores. Podemos responder, que esta misma elección es una prueba de que tuvieron necesidad del socorro divino, para enseñar y hacer abrazar su Re-

ligion. Si Jesus hubiera elegido hombres afamados por su sabiduría y por su eloquencia, y consumados en el arte de convencer y de persuadir, habria fundamento para colocarlo en la clase de los Filósofos; nada se veria en la predicacion de los Apóstoles, que no fuese humano; lo qual desmentiria las promesas de su Maestro. Los Predicadores del Evangelio hubieran en tal caso recurrido á aquel arte profano, que va siempre en busca de las gracias del language, y de las sutilezas del discurso: y nuestra creencia, así como la de los Filósofos, tendria por base la sabiduría de los hombres, y no la virtud de Dios.

Pero por el contrario, ¿quién es el hombre, que viendo unos Pescadores y Publicanos sin la menor tintura de Letras (como la Escritura nos lo atestigua, y no pone Celso dificultad en creerlo) quién es, digo, el hombre, que los ve, no solamente disputar atrevidamente con los Judíos sobre la Religion, sino tambien haciendo que la adopten todas las Naciones del mundo, y no indaga de donde puede venir aquel don maravilloso de persuadir? ¿Qué hombre no reconoce en todo esto la mano de Dios, y el cumplimiento de la Profecia de Jesus á sus Apóstoles: *Venid trás mí, y os haré pescadores de hombres?* (Mat. 4.)

Nosotros somos testigos de que su predicacion, segun la prediccion del Salmista, (Sal. 18.) ha

llenado toda la tierra, y el sonido de su voz ha resonado hasta en las extremidades del mundo. Así, pues, los que oyen con docilidad esta palabra celestial, están poseidos tambien de cierta virtud celestial, que se echa de ver en sus sentimientos, en sus acciones, y principalmente en el valor y constancia con que sufren la muerte y los suplicios, para dar testimonio á la verdad.

Hombres hay sin embargo, que hacen profesion de la fe en Dios por Jesus, y están desprovistos de esta virtud divina; pero es de advertir que no tienen sino el exterior de la fe.

N. 63. Celso trata á los Apóstoles como á hombres de baxa ralea, de Marineros viles, y de Publicanos infames; de suerte que parece que va tomando de nuestros libros lo que ve que nos es menos ventajoso; mas no se cuida de creer lo que lo convenceria de la divinidad de nuestra doctrina. Pareceme sin embargo, que la sinceridad con que nuestros Autores refieren lo que les es mas contrario, debia empeñarlo á creer igualmente lo demás.

Yo presumo, que Celso ha tomado este nuevo improprio de la Epístola de Bernabé, donde se lee, que Jesus eligió sus Apóstoles entre los hombres mas viciosos. En el Evangelio de Lucas, le dice Pedro á Jesus: *Apartaos, Señor de mí, porque yo soy un pecador.* (Luc. 5.) Y Pablo en la Epístola á Timóteo: *Jesus ha venido á este mundo á*

salvar á los pecadores, de los quales yo soy el primero. (1. Tim. 1.) Mas ; cómo es que Celso no hace mencion de ese Pablo, que despues de Jesus, fue fundador de un número considerable de Iglesias? Sin duda le pareció, que no podia hablar de Pablo, sin explicar por qué este ardiente y cruel perseguidor de la Iglesia de Dios, y de sus Discípulos, se convirtió repentinamente, hasta publicar por sí mismo el Evangelio desde Jerusalén hasta Iliria, y con tanto zelo, que no queria edificar sobre los cimientos de los demás Apóstoles, sino que iba á los lugares á donde no habia penetrado todavía el Evangelio. Pero ; qué tiene de reprehensible la conducta de Jesus? El qual, queriendo manifestar al género humano la virtud de los remedios que empleaba para curar las almas, escogió unos hombres encenagados en el vicio, y de ellos formó modelos de santidad, y predicadores de su Evangelio.

N. 64. Si á los hombres se les pudiera hacer cargo de los desórdenes, de que ya se han corregido, sería preciso procesar á Fedón en el tiempo en que ya era Filósofo, porque Sócrates, como es notorio, lo hizo pasar de un lugar infame á una escuela de Filosofía. ¿Imputaremos tambien á la filosofia la vida extragada de Polemón, sucesor de Xênócrates; quando debiamos honrarla, porque dos discípulos suyos consiguieron sacar del cieno del vicio á estos dos hombres?

Fedón y Polemón, que yo sepa, son los ún-

cos entre los Griegos, que renunciaron á sus desórdenes para entregarse á la Filosofia; pero entre los que profesan la doctrina de Jesus, no solamente se han de contar los doce de quienes he hablado, sino tambien otros infinitos, que son tenidos por sábios, y nos dicen ahora: »Nosotros eramos tambien antes insensatos, incrédulos, juguetes del error, del deleyte, de las pasiones; estabamos poseidos de la envidia y de la maldad; eramos objeto del aborrecimiento de todo el mundo, y á todo el mundo aborreciamos mutuamente; pero la bondad de Dios, nuestro Salvador, por el género humano, se nos hizo manifesta, y fuimos mudados de este modo, por medio del Sacramento, en que el Espíritu Santo nos ha regenerado y renovado.“ (1. Tit. 3.) *El Señor, dice el Rey Profeta, ha enviado su Verbo, que los ha curado y purificado* (Sal. 107.)

Puedo tambien añadir, que Crisipo, en su *Arte de curar las pasiones*, afirma, que no para la consideracion en la verdad de los principios para curar las pasiones; pero que quiere que cada secta trabaje en esto, segun sus dogmas particulares. ;Y qué secta puede en esta parte entrar en cotejo con los Christianos? ;No ven por ventura los mismos calumniadores de nuestra Religion, que ella sola ha calmado las pasiones de innumerables personas, ha extirpado sus vicios, y domado sus costumbres? Convenia, pues, indubi-

tablemente, que los que se sienten animados de un desmedido zelo por el bien público, se manifestasen mas reconocidos á una Religion, que hace tan esenciales servicios á los hombres, y que dixesen de ella, que ya que no fuese verdadera, por lo menos era muy provechosa.

N. 65. Jesus, para preservar de la temeridad á sus Discípulos, les decia: „Quando os persigan en una ciudad, huid á otra; y si en esta os persiguen de nuevo, seguid huyendo.“ (*Matt. 10.*) Él mismo les dió exemplo de valor y de prudencia á un mismo tiempo, no arrojándose jamás precipitadamente y sin razon en el peligro.

Acusa Celso á Jesus, y le forma un nuevo crimen porque huyó por todas partes con sus Discípulos. Pero lo mismo, vemos, que hizo Aristóteles; el qual luego que fue acusado de que habia enseñado dogmas impios; desamparó á Atenas, y abrió su escuela en Calcis, y les dixo á sus amigos: „huyamos de Atenas, para que los Atenienses no cometan un nuevo crimen contra la Filosofia.“

Dice Celso, que *Jesus andaba errante aquí y acullá con sus Discípulos, mendigando la vida vergonzosamente.* Pero ¿de dónde lo sabe? Los Evangelios nos dicen, que las mugeres, á quienes Jesus habia curado, le suministraban todo lo necesario. ¿Y qué Filósofo hay, que no haya recibido igual socorro de sus conocidos y de sus Discípulos? Pues si esta conducta es honesta y decen-

te en los Filósofos; ¿por qué ha de ser baxa é infame en los Discípulos de Jesus?

N. 66. Sigue el Judío de Celso hablando con Jesus: „¿Qué necesidad teniais de huir á Egipto en vuestra infancia? ¿Huisteis por miedo á la muerte? Pero el miedo de la muerte no tiene cabida en un Dios. Un Angel, que descendió del cielo, os avisó á vos y á vuestros Padres, que os guardaseis todos tres de la muerte, por medio de una pronta huida. Pues ese gran Dios, que ya os ha enviado dos Angeles, ¿no podia libertaros del peligro en vuestra misma casa?“ Bien se echa de ver, que Celso no reconoce divinidad ni en el alma, ni en el cuerpo de Jesus. Nosotros creemos, que Jesus es Dios y Hombre todo junto, según lo dice él mismo: *Yo soy la via, la verdad y la vida; vosotros pretendéis matarme, y matar á un hombre, que os ha dicho la verdad.* (*Joan. 8. y 14.*)

Destinado Jesus á vivir como otro qualquiera hombre en medio de los hombres, era consiguiente que no se habia de exponer sin razon al peligro; sino que habia de dexarse gobernar por aquellos, á quienes estaba encomendada su infancia. El Angel, pues, se apareció por dos veces á Joseph, y en la primera le dixo: „Joseph, hijo de David, no temas casarte con Maria; porque lo que ha nacido en ella, es del Espiritu Santo.“ Y en la segunda: „Levantate, toma al niño y á su madre, y huye á Egipto; y per-

„maneced allí hasta que yo te diga; porque Herodes quiere buscar al niño para darle muerte.“
(*Matt. 1 y 2.*)

Nada, me parece, que hay inverisimil en todo esto. El hijo de Dios, que habia tomado la naturaleza humana, ¿no era consiguiente que emplease medios humanos, para libertarse del peligro? Pudo en efecto valerse de otros: ¿quién lo niega? Pero ¿no era mas natural, que Jesus se librase de caer en manos de Herodes por medio de la huida, y aguardase en Egipto á que muriese su enemigo? ¿Acaso hubiera sido mejor, que la Providencia le hubiese quitado á Herodes la libertad de dar muerte á Jesus? ¿O que Jesus se hubiera cubierto con el casco de Plutón, tan decantado entre los Poetas? ¿O que los guardias enviados para darle muerte, hubiesen cegado como los Sodomitas? Estos medios extraordinarios y ruidosos no convenian á un hombre, que autorizado por el testimonio del mismo Dios, queria manifestar que en el hombre que todo el mundo veía, habitaba la Divinidad, el Hijo de Dios propiamente dicho, el Verbo Dios, el Poder, la Sabiduría de Dios, en una palabra Christo. No es este lugar, para explicar la union de la naturaleza divina con la naturaleza humana en Jesus; reservamos esta especie de instrucciones para los Fieles.

N. 67. El Judío de Celso habla como un Griego consumado en la erudicion de su país. „No-

„sotros, dice, no creemos las fábulas antiguas, que hablan de los nacimientos de los Dioses, Perséo, Amfión, Éaco, Minos, aunque no carecen enteramente de verisimilitud; pues por lo menos nos refieren de ellos acciones ilustres, admirables y superiores á las fuerzas humanas. Pero vos, ¿qué cosa ilustre, ni admirable habeis dicho, ni hecho, por mas que los Judíos os intimaban, que probaseis con algun prodigio, que erais el Hijo de Dios?“

Para refutar estos discursos, me contento con exigir, que los Griegos me citen hechos bastante extraordinarios, y provechosos al linage humano, con los quales se pruebe la divinidad de sus Dioses. No hay que temer, que nos citen cosa alguna comparable con lo que Jesus ha obrado; á no ser que quieran, que nosotros creamos sin pruebas y sobre su palabra, las fábulas mas absurdas, quando ellos miran con desprecio nuestra historia, á pesar de la evidencia de nuestras demostraciones.

Decimos, pues, sin temor de que nos desmientan, que las acciones de Jesus son bien notorias á toda la tierra, y que las Iglesias de Dios, formadas por Jesus, están llenas de aquellos, á quienes ha sacado de toda especie de males y de desórdenes. Aun en nuestros dias, el nombre de Jesus cura las enfermedades del cuerpo y del alma, arroja los demonios, inspira una dulzura inaudita, pureza de costumbres, moderacion, beneficencia.

cia y humanidad, á todos aquellos, que no hacen apariencia de ser Christianos con el objeto de algunas ventajas temporales, sino que profesan sincéramente nuestra creencia acerca de Dios, de Christo, y del juicio futuro.

N. 68. Conociendo Celso, que no dexarán de oponerle los milagros de Jesus, aparenta que reconoce la verdad de lo que está escrito en nuestros libros acerca de las curaciones, de la resurreccion, de la multiplicacion de algunos panes, que se hallaron aumentados en número, despues de haber comido de ellos millares de hombres, y de los demás prodigios; de los quales, dice, que fueron bastante exâgerados por los Apóstoles. Pero luego los compara á los juegos de los impostores, y á las maravillas, que vemos hacer á los que han estudiado las ciencias egipcias; los quales por precio de algunos óbolos, arrojan los demonios, curan con un soplo las enfermedades, evocan las almas de los Héroes, hacen que de repente aparezcan animales, y mesas servidas de toda especie de manjares, sin que haya nada de realidad en todo esto. *¿Y por eso, dice Celso, los hemos de creer hijos de Dios? ¿No vemos por el contrario, que todas estas cosas son juegos de pícaros, y prestigios de spiritus malignos?*

En esto se ve, que Celso no está muy distante de admitir el poder de la mágia. Pues ¿cómo es que este mismo escribió varias obras contra la mágia? Así es la verdad; pero en esta oca-

sion le convenia comparar los milagros de Jesus con las operaciones mágicas, y lo tuvo por oportuno; no obstante que para que la comparacion fuese exâcta, era preciso que en los milagros no hubiese mas que apariencias engañosas, como sucede en las operaciones de la mágia. No se sabe, que los charlatanes se hayan jamás propuesto corregir á nadie, inspirar el temor de Dios, ó persuadir á los hombres á que vivan, como que ha de llegar un dia, en que Dios los ha de juzgar; ni podrian tampoco conseguirlo; y aun quando pudiesen, ¿es creible que unos hombres entregados á los vicios mas infames, lo hubiesen pretendido?

Pero Jesus, cuyos milagros no tenían mas objeto que la conversion de los que los veían, era al mismo tiempo un modelo de virtudes y de santidad, no solo para con sus Discípulos, sino tambien para con todos los hombres.

Jesus, pues, encargó á sus Discípulos, que anunciasen á los hombres las voluntades de Dios; y se propuso él mismo persuadir á los hombres, mas con su exemplo y sus palabras, que con sus milagros, y hacer los mayores esfuerzos por agradar á Dios en todas sus acciones. Esto supuesto ¿quién será el que se atreva á confundir á Dios con unos miserables charlatanes? ¿Quién será el que no conozca, que en la persona de Jesus ha venido al mundo el mismo Dios, revestido de un cuerpo humano, por salvar á los hombres?

N. 69. 70. y 71. Celso, que todo lo confunde, imputa á todos los Christianos lo que no conviene sino á una secta particular.

Dios, dice, no tendria un cuerpo, como el vuestro; ni hubiera nacido como vosotros, ni comeria como vosotros. ¡Mezquinas objeciones, que por otra parte pueden convertirse contra sus Dioses! Nosotros creemos, que Jesus tomó en el seno de una muger un cuerpo semejante al nuestro, y mortal por consiguiente. Por este motivo decimos, que fue un grande Atléta, que sostuvo toda especie de pruebas como los demás hombres; pero que no pecó como los demás hombres. Sabemos con certidumbre, que no conoció el pecado, y que la mentira no contaminó jamás sus labios: por lo qual Dios lo entregó por todos los pecadores, como una víctima, y sin mancha.

Celso trata á Jesus de charlatan, aborrecido de Dios mismo. No es posible, hablando con exáctitud, que Dios aborrezca á ningun hombre: Dios ama á todo lo que existe, y nada aborrece de lo que ha hecho; pues de lo contrario no lo hubiera hecho: y si es que en nuestras Escrituras se hallan algunos pasages, que al parecer significan lo contrario; se ha de dar por respuesta general, que nuestras Escrituras, para hacerse entender de los hombres, hablan de Dios como sujeto á las pasiones humanas.

Algunas otras objeciones, que Celso añade, ó están ya destruidas, ó no merecen respuesta.

Él se toma la licencia de usar de ciertas groserias é injurias que suenan muy mal en boca de un Filósofo, que no busca sino la verdad, y que solo podia proferirlas un hombre de las heces del pueblo, arrastrado de la pasion.

Aquí finaliza Celso el discurso de su Judio á Jesus: nosotros finalizaremos aquí tambien nuestro primer libro.